

Si se pudiera oír los
pensamientos de los niños,
cuantos secretos y
enseñanzas descubriríamos.

Sensitiva

Pequeña Ilusión.

1900 era el año que en la bahía de Iquique, importante puerto salitre-
ro, fondeaba el barco en que veníamos de Valparaíso, mi madre, mi her-
mana Madelaine de 7 años de edad y yo, Sussane, de 3/4.

Estábamos atentas mirando por la borda una cantidad de botes
que atracaban al barco, aprovechando el flujo y reflujo de la marea pa-
ra poder acercarse y dar un salto a la escalera.

Se veía el puerto a lo lejos, achatado, hundido, de color te-
rroso, a pesar de brillar el sol intensamente.

De repente mi madre dijo:

-¡Ahí viene!

Por la escalera vimos subir un señor alto, corpulento, de abun-
dantes cabellos grises, vigoroso bigote y hermosos ojos oscuros. Salu-
dó a mi madre, a mi hermana, y a mí me acarició tiernamente. Conversa-
ron algo con mi madre y al disponernos a bajar, me tomó en sus brazos,
diciéndome al saltar al bote:

-Sujétate bien firme a mi cuello, pues el mar está bravo.

Me aferré a él con todas mis fuerzas; cuando quiso sentarme
en el bote, me resistí, acerqué mi carita a sus mejillas, sintiendo
una ternura y alegría tan inmensa, que me hicieron acurrucarme contra
su pecho. Me acomodó sobre sus rodillas, tan feliz me sentía, que mi

cabecita empezó a forjarse ilusiones locas.

Oía el batir de los remos en el agua, y el murmullo de lo que mi madre y él hablaban; pero yo sólo atendía a mi pensamiento que comenzaba a divagar, dándome explicaciones a ~~si~~^{mi} misma.

-¡Claro!...este señor era mi papá y habíamos venido a reunirnos con él. ¿Para qué otra cosa podíamos haber viajado de tan lejos y en barco?...Yo también tenía un papá y era este señor...No nos separaríamos más de él, nunca más....Sería como las otras niñitas, yo tenía ahora un papacito que me acariciaba y me ^{quisiera} quería tanto como yo a él. Y me apretujaba, chiquita, contra su cuerpo, como buscando protección. Y al sentir su áspera cara de hombre contra mis mejillas, me invadía un goce tan infinito, y una felicidad tan grande, que debo haber estado con los ojos cerrados, pues oí la voz de mi madre que decía:

-Se quedó dormida.

Cuando desembarcamos, seguí fingiendo que dormía, pero al sentir ruidos de caballos, pudo más mi curiosidad y entreabriendo los ojos, ví que subíamos a un coche, quedando siempre en los brazos del que yo creía mi papá, ya que él tampoco hizo ademán de desprenderse de mí.

Yo sentía el trotar de los caballos y el coche que rodaba. Y mientras ellos conversaban, yo seguía soñando despierta en mi futura felicidad.

-¡Un papá...una casa! dormirme en sus brazos como ahora. ¡Qué hermoso era mi papá!...¡cuánto lo quería! Esta noche me acostaría juntita a él y me daría muchos besos....Y así seguía en mi ensoñación.

Se detuvo el coche y oí la voz de mi madre que me decía:

-Despierta, Sussita, que ya llegamos. No molestes más a don

Armando.

Volví a la realidad, pero instintivamente me apreté más a su cuello. Entramos a la casa, donde nos esperaban varios niños de todas las edades, que con gran algarabía nos rodearon. El más grande, como de catorce años, quería tomarme en sus brazos.

-Dámela a mí, papá. Que bonita es con su pelito rubio y ojos azules...; si parece una muñeca!

Yo cada vez me apretaba con más firmeza al cuello de "mi papá", como si un peligro me amenazara.

En ese instante entró al salón en que nos encontrábamos, una hermosa señora, con una linda niña, como de un año de edad que, tendiendo sus bracitos, gritaba llena de desesperación:

-¡Papá...papá!

-¡Está celosa! gritaban todos, riéndose estrepitosamente. Y yo sentí que me dejaba en el suelo, desprendiéndose bruscamente de mí y tomando en sus brazos a la recién llegada, a la ~~que~~ cubría de besos para calmarle el llanto.

Pasado mi estupor, prorrumpí en un desesperado ^{llorar.} lloriqueo, tan estridente, que mi madre alzándose hacia ella dijo:

-Se asustó, no está acostumbrada a ver tanta gente.

Nos llevaron al que sería nuestro dormitorio. Mi madre me hizo beber agua, me arrulló y después de mucho llorar me quedé dormida.

Al día siguiente, aún en cama, mi madre nos dijo:

-He venido a este pueblo a trabajar, somos pobres. Tú, Madita, debes cuidar a tu hermanita.

Y después, dirigiéndose a mí, prosiguió:

-Tú no debes llorar ni molestar. Si lo haces, no podrás quedarte a mi lado.

Yo no entendí nada, sólo atiné a decirle:

-Mamacita ¿porqué yo no tengo un papacito?

-Porque tu papá se murió -me respondió ella.

-¿Y no volverá nunca más?

-No, no volverá, porque la muerte es voluntad de Dios. Los que se mueren no regresan jamás.

Seguí tan ignorante sobre el misterio de la muerte y sólo sabía llorar cuando estaba lejos de mi madre.

Burlando la vigilancia de mi hermana, busqué a mi mamá en cada rincón de la casa, pues estaba segura que trabajaba dentro de ella, hasta que al fin descubrí donde pasaba el día, y escurriéndome sigilosamente, llegué hasta ella.

Era una enorme habitación con muchas señoras cosiendo. Había maniquies sin cabeza y máquinas de coser, ~~mi~~ mi madre, ante un mesón grande, cortaba géneros con unas enormes tijeras.

Ya no hubo forma de evitar que en cualquier descuido me deslizara al taller y desesperara a mi madre al no querer separarme de ella. Tal era su enojo que concluía por darme fuertes palmadas en las asentaderas, me llevara al dormitorio, me acostara y me encerrara con llave, hasta que el llanto me dejaba completamente cansada, invadiéndome por fin, el sueño.

Internado

Un Domingo, como de costumbre, salimos de paseo, pero no regresé a casa: me dejaron en un colegio, donde una señorita de

edad, que tenía un Kindergarten. No había internado allí, pero como un favor especial me recibieron. Lo que sufrí me es casi imposible narrarlo. La primera noche me dijeron:

-Mañana vendrán a buscarte. Tu mamá está muy ocupada.

Con pena y crédula, quedé tranquila. Pero a la noche siguiente la desesperación hizo presa en mí, y no hubo ningún argumento ni engaño que pudieran consolarme. Las lágrimas de impotencia que corrían por mis mejillas parecían quemarme el rostro.

-¡Manita querida...no me dejes aquí!...¡Seré muy buena,... no te molestaré más, mamacita, quiero irme contigo!...¡No quiero quedarme más aquí!

Fuí entregada a la empleada, una india de la sierra, que me acostó y se llevó la luz.

Quedé sola, alumbrada por el reflejo de una claraboya que había en el techo del dormitorio. Pero como mi llanto no cesara, al poco rato una sombra blanca, altísima, se acercó a mi cama y con voz gutural me dijo:

-Si no te callas te voy a llevar conmigo.

Horrorizada y temblando de espanto quise escapar, pero me tomó fuertemente para impedírmelo. Yo ya había llegado al paroxismo de terror y gritaba con la desesperación que me permitían mis cortos años.

La dueña del colegio llegó apresuradamente, portando una lámpara que iluminó la habitación.

La empleada estaba enredada en una sábana y una escoba yacía en el suelo, la cual había servido para proporcionarle la ~~de~~ ~~comunal~~ altura que le había dado a su disfraz de fantasma.

Al día siguiente vino mi madre, y aunque le supliqué que

me llevara con ella, no lo conseguí. Lo único que obtuve fue su promesa de sacarme pronto del colegio si me portaba bien. Con esa esperanza dentro de mi corazón de niña, me resigné a quedarme.

Aprendí a llorar calladamente bajo las sábanas, era como un alivio a mi ~~dolor~~. - *peña* - .

Después de terminadas las clases, la señorita Carmen, que así era el nombre de la dueña del colegio, iba a la iglesia a rezar, yo debía estar arrodillada junto a ella, y pasándome el rosario de celestes cuentecitas, me decía:

-Reza y pídele a la Virgen que te haga una niña buena y que nunca le falte el trabajo a tu mamá.

Yo miraba embelesada a la Virgen, envuelta en su manto blanco, ribeteado de oro, sus piecitos desnudos y sus dulces ojos, que parecían sólo mirarme a mí.

Corrían las cuentas del rosario entre mis deditos, imitando el rezo, y en cada una de ellas, como una letanía, sólo sabía pedir:

-Virgencita, que mi mamá no trabaje más, que tengamos un papá y una casa para vivir todos juntitos.

Se terminaban las cuentas del rosario y yo miraba a la virgen, que parecía sonreirme dulcemente, y mi corazón se henchía de gozo y esperanza.

En ese colegio no había la menor comprensión para una criatura de tres años. Las educadoras parecían no comprender el vocablo niño. Todo debía hacerse bajo el impulso de las amenazas. Comíamos un alimento muy malo, en que abundaba la grasa y escaseaba la carne. Yo lloraba sobre el plato, resistiéndome a comer, pero el miedo al castigo podía más (consistía en un largo encierro) y al fin me decidía a tragar la indigesta comida.

De tanto pensar, ideé una treta para librarme de ese suplicio.

La señorita Carmen me había enseñado que era mala educación sonarse y hablar en la mesa, y que bastaba levantar un dedo para indicar lo que se deseaba. Entonces yo acumulaba los pedazos de grasa dentro de mi boca, levantaba un dedo y mostraba el pañuelo con apresuramiento. Ella, con un acompasado movimiento de cabeza, me daba el consentimiento para salir a sonarme al hall.

Era en esos momentos cuando yo aprovechaba para sacar la grasa de mi boca y envolverla en un papel, que luego colocaba detrás de los libros de un estante.

El día que descubrieron que habían más de diez libros engrasados, y que la autora de este desastre había sido yo, recibí el castigo más grande de mi vida. Mis manos quedaron hinchadas por los reglazos.

El recuerdo de los momentos vividos en ese odiado colegio me hace temblar de espanto.

E L F A R O .

Los Domingos eran los días más felices de mi vida; los esperaba ansiosa, porque salía del colegio para ir a casa de los Zibelli. Este era el nombre de la familia en donde mi madre dirigía el taller de esa gran casa de modas.

Mi corazoncito saltaba de gozo al encontrarme junto a todos ellos, y el señor Zibelli, alzándome en sus brazos cariñosamente, me decía:

-Eres una buena niñita. Cuando seas más grandecita vivi-

rás con nosotros, porque ahora no dejas trabajar a tu mamacita. Si me prometes portarte bien, yo iré siempre a dejarte al colegio y te compraré dulces.

Al emprender el camino de regreso al colegio, iba a dejarme don Armando, cumpliendo su promesa. Yo entonces me fingía cansada. El me tomaba en sus brazos y yo apretaba mi carita a su áspera barba que tanto me gustaba. Le rodeaba el cuello con mis bracitos y cerrando los ojos me lanzaba a soñar.

En ese momento él era mi papá, mi verdadero papá.

Cuando llegábamos, me daba un fuerte beso y me dejaba en la puerta del colegio. Con pena me desprendía de sus brazos.

Siempre he tenido el convencimiento que él comprendía todo el cariño que me inspiraba y que lo aceptaba complacido.

Y así se sucedían ^{casí} ~~todos~~ los Domingos, que eran para mí días de gozosa espera. Eran ellos el aliciente que me hacía soportar la semana de encierro en el colegio... Ansiaba que llegara el Domingo para que fueran a buscarme. Deseaba jugar y correr el día entero... ¡Era maravilloso para mí!... ¡Como me entretenía!

Mientras los más grandes improvisaban un circo con trapecio y argollas, que tenían en el patio de la casa, los más pequeños cantábamos, bailábamos y jugábamos a las visitas, disfrazados de hombre o señoras, con vestidos de grandes colas.

Pero los paseos a la playa, a los veleros y al faro, eran inolvidables.

Dábamos una vuelta en el bote por todo el contorno de la bahía, pasando bajo las proas de los veleros, que alineados, esperaban para cargar salitre. Serían cincuenta veleros o quizás más; majestuosos con sus mástiles tan altos que parecían torres

y sus estatuas de hermosas mujeres en los mascarones de proa.

Tito llevaba su inseparable libretita y apuntaba los nuevos barcos que habían llegado:

El Montmorancy - tantas toneladas.

El Rakotis - tantas toneladas.

El Thesalia, el Madelaine...el St. Louis...y así llevaba toda la estadística de la entrada y salida de los veleros, con todas sus características.

La vuelta la hacíamos por el Patilliguaje, punto peligroso que sólo los boteros adiestrados sabían sortear.

Esperaban que pasara la ola y llenara de agua esa estrecha y rocosa garganta, y entonces aprovechaba el bote para deslizarse suavemente sobre la ola. La consigna era no moverse para ningún lado, para que así el bote no perdiera el equilibrio.

En ese momento emocionante, que duraría un minuto, todos en mudecíamos, pero ya al otro lado, desbordábamos en palabras y gritos, y siempre el botero tenía una anécdota reciente que contar. Y empezaba:

-La semana pasada, cinco gringos de los veleros, que le habían puesto entre pera y bigote más Whisky de lo necesario, se dieron un tremendo remojón. Cuando son nuevos, nosotros les advertimos el peligro, pero ellos se sienten ofendidos porque se creen muy macanudos, pero cuando intentan pasar ¡Zas!...se les da vuelta el bote...¡y al agua!- Y modestamente proseguía: pero nunca falta un botero que sabiendo lo que les sucederá después, sale tras ellos y los ayuda a salvarse. Claro que los gringos son generosos y nos hacen un buen regalo en dólares.

Cuando el botero hubo terminado de relatar la aventura, los

niños gritaron:

-¡Papá...papá...vamos a la isla Serrano! Queremos ir allá para subir al Faro!

Lo que pedían sus hijos cuando salían de paseo eran órdenes para el señor Zibelli, y fue así como recalamos en la isla. ^{Buena} Como la Nana y yo ^{fuimos} ~~eramos~~ suficiente grandecitas para subir al faro, nos confiaron a las dos hermanas mayores, Aida y Madelaine, que nos tomaron fuertemente de la mano y comenzamos a subir la escalera de caracol, que se nos antojaba interminable a medida que la escalábamos.

El permiso que nos llenó de júbilo al principio, se convirtió en pavor después, al sentir el ruido metálico que producía la escalera al contacto con los tacones de los zapatos. Era un ruido extraño, gutural, que parecía subir en espirales y se agrandaba, como ensanchándose.

-No quiero seguir, Madita. Bajémonos, dije a mi hermana.

Al oírme la Nana, que iba igualmente asustada, largó el llanto contenido y gritó:

-¡Quiero bajar!...¡Quiero bajar!

-¡Quiero bajar! -gritábamos las dos, desesperadas.

Carlitos y Tito que ya estaban arriba, se burlaban a grandes risotadas.

-Mujeres cobardes!...¡Mujeres cobardes!

Con unos fuertes tirones de nuestras respectivas hermanas llegamos arriba; con las caras empapadas en lágrimas.- Pero...¡oh maravilla!...¡qué hermosura! Todo se veía en un nuevo prisma de colores y formas. Deseaba tener más ojos, dos más en la nuca, para mirar todo a la vez sin darme vuelta.

El mar tan azul se veía hasta el infinito, y la ciudad cuan distinta. La alta y majestuosa torre de la Plaza Prat, con su reloj en los cuatro costados, se veía chica, como enterrada. Igual se vislumbraban los campanarios de las iglesias; ~~las~~ las casas parecían cajas de fósforos, diseminadas y achatadas en el suelo. Los barcos, que acostumbrábamos ver tan majestuosos y gigantescos, los percibíamos ahora desde el faro, chiquitos, como de juguetes.

El Faro parecía que estaba más alto, mucho más alto que los cerros que circundaban la ciudad. Y los estanques del agua potable que descansaban en la mitad del cerro, semejaban una gran bandeja con dos tazas de té listas para ser servidas, tan pequeñas se representaban a nuestros ojos.

Corrí al lado opuesto en la torre del faro, desde ahí podía observarse el Océano. El mar azotaba sobre las rocas con sus grandes olas, que reventaban, formando unas altas espumaredas, que alcanzaban descomunal altura. El sol ~~le daba~~ *las iluminaba en* hermosos colores, ~~diferentes tonalidades,~~ que la vista se deleitaba en contemplar,

Grandes remolinos, entre las rocas, completaban el espectáculo del mar, que a lo lejos, en cambio, se veía en calma.

Los alcatraces y gaviotas, que abundaban en la isla, se lanzaban en picada al mar, a pescar sardinas, y no faltaba la gaviota audaz que, como muchos seres humanos, le gustaba vivir del trabajo ajeno, robándole al pobre y confiado alcatraz, algo de la provisión de sardinas que almacenaba en la bolsa que tenía bajo su pico.

Al hacer el movimiento para tragar tenía que abrir el pico y la gaviota aprovechaba ese momento para robarle una presa con toda finura.

-¡Bajen...Bajen pronto! -nos gritaron desde abajo don Ar-

mando, la señora Clotilde y mi madre.

Como de costumbre, antes de emprender la bajada, los hombres se sacaron sus yokies y las mujeres sus respectivos sombreros, lanzándolos con grandes vítores hacia abajo. Yo también, imitándolos, tiré al aire mi gorrito marinero francés, de color azul marino con pompón rojo. Lo quedé mirando embelesada como caía, haciendo piruetas y planeando al caer al espacio. Me tomé fuertemente de la baranda, pues sentí en el estómago el mordisco del vértigo.

Una vez abajo nuevamente, nos dedicamos a corretear por la isla. Carlos y Tito removían unas piedras y pillaban unos cangrejos negros, que parecían arañas grandes. Las pescaban de una patita y nos perseguían a gritos:

-¡Mujeres lloronas!...¡Mujeres cobardes! -y repetían la frase aturdidamente ^{oramente}.

Al llegar a la casa felices y hambrientos, comíamos cosas ricas; como frutas tropicales. ^E En la gran mesa del comedor ponían una enorme bandeja llena de pasteles, a la cual los niños de la casa se avalanzaban para sacar rápidamente sus dulces preferidos.

El señor Zibelli nos tomaba las manos a mi hermana y a mí y nos las ponía en los pasteles diciéndonos:

-Hagan Uds. lo mismo también, tienen derecho. Saquen los que más les gusten.

Y gozaba como un niño viéndonos reír y alborotar.

N A V I D A D.

Navidad era para mí, noche de felicidad, durmiendo junto al calor del cuerpo de mi madre, y cuando despertaba ;qué hermoso me parecía todo! Me sentía pletórica de dicha al encontrarme cerca de los seres que más amaba ~~en el mundo.~~

Una de estas Navidades dejó en mí un recuerdo imperecedero y lo voy a relatar.

Siguiendo la costumbre de todas las noches de Navidad, fuimos a la Parroquia, que quedaba al frente de la casa de los Zibelli, a visitar el nacimiento del niño Dios en el pesebre; a José y María, que, arrodillados, adorábanle; a los Reyes Magos, ofreciéndole sus dádivas al recién nacido; / el que más tarde sería el salvador del mundo.- También había una infinidad de animalitos, entre los cuales se destacaban vacas, cabritas, camellos, y un lindo y amoroso burrito que daba enormes deseos de acariciar.

Nos sentamos a oír los cantos navideños. El sueño empezaba a dominarme, / no podía comprender porqué no íbamos a acostarnos.

Había en los rostros de los papas Zibelli y en el de mi madre, unos aires de misterio que a mí me extrañaba y no podía entenderlo. Se empeñaban en mantenernos despiertos.

De pronto empezaron a sentirse lejos, en la calle, unos ruidos como de trompetas. Salimos apresuradamente y nos hicieron quedar en la puerta de la casa.

-¡Vienen los Reyes Magos! -decían con grandes aspavientos y alegría. A los niños que se han portado bien les traen regalos. Y nosotros abríamos los ojos como si estuviéramos mirando un encantamiento.

Una larga comparsa llenaba la calle. Un gran carro alegório

co representaba el pesebre con el niño, la virgen, y todo lo que debía componer este hermoso cuadro.

Rodeando el carro iban un sinnúmero de pajes, con largas trompetas, como las del juicio final, y timbales que tocaban al compás de la marcha de la caravana.

Antorchas encendidas, luces de bengala disparadas al aire y pequeños fuegos artificiales de todos colores; ~~hermosos~~ hermosos cánticos de Navidad, acompañaban este feérico espectáculo.

Los vestidos de la comparsa eran copia fiel de las láminas del libro de la Historia Sagrada, ~~lo~~ principal eran los tres Reyes Magos, barbudos y montados en preciosos caballos blancos, con hermosas capas de raso rojo y portando sobre sus cabezas coronas de oro con piedras de todos colores.

Se detuvieron frente a nuestra puerta; leyeron un largo edicto, en el cual nos hacían merecedores de un regalo. ~~Los~~ hombrán donos uno por uno, nos fueron entregando unos paquetes primorosamente adornados.

El asombro me tenía en suspenso, no atinaba siquiera a tomar el regalo que me ofrecían. Creía, en verdad, que eran los Reyes Magos.

La caravana siguió calle arriba, deteniéndose en varias casas y repitiendo la misma ceremonia.

Cuando se alejaron entramos corriendo al interior de la casa, para ver los obsequios que nos habían dejado los Reyes Magos.

Mi enorme paquete contenía un juego de loza rosada; con platos, sopera, fuentes y todo lo necesario para servir un lujoso almuerzo a las muñecas.

El de mi hermana era un costurero de terciopelo color oro, forrado de raso celeste. Contenía tijeritas, dedal de plata, agujas, un espejo y un sinnúmero de carretillitas pequeñas, de seda, para coser. Venían en todos los colores.

A Tito le obsequiaron una grúa o donkey, como las que tenían los veleros para cargar los sacos de salitre. Fué el juguete más celebrado, pues el primer Domingo ya estaba instalado en la baranda del segundo piso del patio interior; ~~se~~ habían hecho una cantidad de saquitos rellenos con arena. Los confeccionaron con las muestras de las telas que se vendían en la tienda.

Tito, en el piso alto, figuraba estar en el barco. La Nana y yo, abajo, con cajas de zapatos vacías, imitábamos las lanchas, y los sacos subían y bajaban.

Cargábamos el buque y después lo descargábamos, y así jugábamos incansablemente.

Este emocionante reparto de juguetes nunca más volvió a repetirse. Seguramente no fue buen negocio para la firma auspiciadora.

Esa Navidad mi madre nos dijo; al tiempo de acostarnos:

-Pongan sus zapatos en la puerta y recibirán una sorpresa.

Nosotras, de una pieza a otra, nos gritábamos preguntándonos:

-¿Pusistes tus zapatos?

Al día siguiente, tempranito, abrimos la ^apuerta sigilosamente, con todo cuidado y emocionadas. ¿Qué veían nuestros ojos?

Los zapatitos viejos desbordaban de almendras, cajitas de finos turrónes, ~~chocolates~~ ^{platinas} chocolates de vistosas ~~envolturas~~. Además, un lindo par de zapatitos nuevos y una hermosa muñeca... Así nos regalaba el señor Zibelli, igual que a sus hijas, sin ninguna diferencia.

¡Oh querido "Papá Noel".

Esa noche regresaba soñando, pero también llorando, al colegio.

Iba creciendo en edad y entendimiento. Cada día aumentaba más mi cariño por la familia Zibelli y mi madre. Cada vez se hacía más dolorosa la obsesionante idea de tener un papá como don Armando. Deseaba ardientemente que fuera como él. Y guardaba celosamente en mi corazón mi gran secreto, como si estuviera cometiendo un robo al querer adueñarme de un papá que no me pertenecía.

Así pasaron cinco años, pero no me llevaron nunca a vivir con ellos, pues mi madre se oponía. Prefería que estuviera interna en el colegio para poder trabajar tranquila, según ella.

M I C A S A .

Un Domingo, al venir a buscarme al colegio, mi madre estaba radiante de felicidad.

Los Zibelli se retiraban de los negocios y ella seguiría trabajando como sucesora. ^Y Besándome me dijo:

-Viviremos las tres juntitas, se terminaron las penas, serás feliz. Tendremos una casita.

^Y Llegó el día en que entré a mi casa.

Quedaba frente a la plaza y pegadita a la tienda. Esta, lucía una plancha con letras doradas que decía:

"Mme. Jeanne ~~Barnard~~, sucesora de la casa Zibelli".

Aunque mi casa no fuera bonita, yo la encontré hermosa. Me parecía vivir en un cuento de hadas.

Al entrar había un largo pasadizo. La primera pieza daba ac-

ceso al salón, y en un ángulo de él encontrábase un piano. Enseguida venía el dormitorio de mi madre, después el de mi hermana y mío, las dos juntitas. Nuestras camas eran blancas, con lindas colchas de piqué, y almohadones de tira bordadas.

-¿Cuál es mi cama, mamá?

-Esta -contestó mi madre, mostrándomela.

Acomodé en ella mi muñeca y miré en torno de la pieza. Papel crema, con guirnaldas rosadas cubrían las paredes. ¡Qué linda! Parecía un ramo de rosas perfumadas. Las camas se veían tan blancas, tan inmaculadamente blancas, como jamás las hubiera soñado.

Seguí caminando por el pasadizo, curioseándolo todo, hasta que llegué al patio. El gran patio con enredaderas, que alegraban con su verdor. El comedor estaba situado junto al patio. Era esta la penúltima pieza de la casa; la última era la cocina.

En cuanto a los muebles, mi madre, los había traído casi todos de la casa de los Zibelli.

La mesa del comedor estaba puesta para tomar el té. Pastelitos, jamón, queso, mermeladas y muchas otras cosas adornaban la mesa. ¡Si parecía un banquete!.. Mis ojos se movían de un lado para otro.

-Este es tu puesto -me dijo mi madre.

-¡Tantas cosas ricas para comer! -exclamé.

-Es en tu honor...por la llegada a tu casa -contestó.

-¿Es mía esta casa, mamacita?

-Sí...tuya, hijita -fué la respuesta.

Mis brazos rodearon su cuello y la besé fuertemente. Quería demostrarle cuanto la adoraba, lo contenta que me sentía al estar a su lado. Pensé en la virgen, que me estaba concediendo lo que yo

le había pedido. Lo único que me entristecía era no tener un papá.
~~¿Me daría uno la virgen?~~

Estábamos atacando todas las cosas ricas. Mi mamá sentada en la cabecera de la mesa y mi hermana al frente mío.

-Una clienta quiere hablar con Ud. Mme. -dijo la empleada.

-Sigán comiendo, yo volveré pronto -nos insinuó mi madre.

Comí desordenadamente de todo lo que había. Me harté sin medida, feliz de sentirme en mi casa. Mi casa, repetía yo a cada momento, todo esto era mío...todo mío. Ya tenía un hogar como todas.

Mi madre no volvió hasta que nos fuimos a acostar.

Desperté a medianoche con fuerte dolor de estómago. Instintivamente grité:

-¡Mamá!

Pero la contracción del estómago fué más rápida que mi madre, ~~¿~~ mi linda y blanca cama quedó bañada de chocolate.

-¡Dios mío -gritaba mi madre- cuanto has comido que te ha dado una indigestión!

Recogió ella mi colcha con todo cuidado, por las cuatro puntas, para que no fuera a mancharse nada más, y la sacó fuera con toda presteza .

-Mañana tendrás que tomar un purgante -me dijo.

-Mi colcha, mamacita, ensució mi colcha blanca!! -lloraba con desconsuelo.

V I D A N U E V A Y F E L I Z.

Empecé a ir al mismo colegio que mi hermana. ~~¿~~ Mi madre se demostraba complacida por habernos adquirido tanta felicidad.

Pero mi hermana seguía como de costumbre, mirando atónita con sus grandes y tristes ojos azules, sin hacer ninguna manifestación de alegría.

Su carácter era opuesto al mío. Mientras ella era apacible y sosegada, yo me demostraba bullanguera y ruidosa.

Los Zibelli partieron a las hermosas tierras floridas de la capital y mi madre quedó trabajando en este puerto salitrero donde se ganaba mucho dinero. Pero era árido y triste.

Yo oía decir a todos:

- "Esta es la California chilena". Y eso hacía feliz a mi madre, tanto como si le hubieran dicho una palabra mágica.

Mi hermana daba muestras de ser muy amante de la música. Tocaba piano maravillosamente para su edad. Tenía 13 años.

Los descansos de mi madre consistían en sentarse, después de comida, en el gran sofá de la salita a escuchar, embelesada, las armoniosas notas que brotaban del piano bajo la presión de los dedos de Madelaine. En su hermoso rostro se notaba la satisfacción que experimentaba.

Yo me cobijaba en sus brazos y la besaba tan fuertemente que se hacía la enojada; ella entonces aprovechaba para enviarme a la cama. Pero cuando mi hermana estaba con el ánimo de tocar música alegre, me permitían bailar a mi antojo; con polkas y mazurcas, me daba vueltas y danzaba con todo el dinamismo que poseía.

Esta vida nueva y feliz me llenaba todas las horas del día.

Mi gran anhelo de tener un papá sólo me torturaba cuando ya arrebujaada en mi cama me dormía, pensando que sólo me faltaba un papá para mi completa felicidad.

Yo no era estudiosa, pero las clases de Inglés me seducían. No por el idioma, sino por unos cuadros maravillosos que colgaban de la pared durante las horas de clase.

Me subyugaban, pues yo desconocía esas demostraciones de la naturaleza. Me sentía hechizada con el sortilegio de mi poderosa imaginación, y tan pronto como podía evadirme de la atención de la profesora, mi espíritu y mi mente se alejaban de la clase y los cuadros adquirirían vida para mí.

El cuadro que representaba la Primavera, con sus columpios bajo los árboles floridos, sus riachuelos, los niños tras las mariposas de lindos colores, todo eso me parecía verlo al natural. Sentía las risas y los juegos de los niños. Todo era un concierto de cantos y alegría.

El del Verano con los árboles en fruto, cuyo aroma y sabor me parecía sentir en la boca... El cuadro del Otoño con la vida familiar junto a la chimenea, con papá, mamá y la abuelita, los hijos jugando y estudiando felices... El del Invierno, con el muñeco de nieve derribado a pelotazos, eran en mis alucinaciones otras tantas escenas en donde actuaban los Zibelli, producidas sin duda, por el enorme deseo de volverlos a ver. Los extrañaba muchísimo, me hacían falta, los creía algo mío.

Al sentirme sacudida por mi compañera de banco, volvía a la realidad, y me era imposible contestar a las preguntas que me hacía la profesora.

¿Cómo podía yo confesar que había estado viviendo otra vida, lejos de clase, en los campos verdes y olorosos, comiendo frutas y jugando junto a los Zibelli?... No, no podía. Me habrían tomado por loca; se hubieran reído de mí.

Y ocultaba mi secreto en lo más recóndito de mi atribulado corazón.

L A V E R D A D.

La tienda y trabajo de mi madre producían, cada vez, más comodidades y satisfacciones materiales; / las fiestas de fin de año en el colegio, eran para mi madre la apoteosis de su triunfo.

Nos vestía con gran elegancia. Lo más fino y costoso lo es trenábamos en esa oportunidad. / ^Ella, ataviada con un refinado buen gusto, lucía su hermosa figura.

Vestirnos lujosamente, era para élla una propaganda y un torneo de exhibición para su elegante tienda de modas, que ahora ostentaba un letrero que decía: "Importadas de Paris". Estaba colocado en la fachada de la tienda.

Cuando llegaban las fiestas de fin de año en el colegio, mi madre se sentía dueña del universo, pues tenía la convicción de que mi hermana sería la alumna más distinguida del plantel, y no se equiviocabá.

Y era ella quién debía recibir las felicitaciones del profesorado, ya que Madelaine se escabullía para evitarlas.

Los números de teatro eran espléndidos. Así los apreciaba yo, que tenía que acompañar a mi hermana en una pieza de piano a cuatro manos. ¡Claro que me sentía importante en ese momento!

Después ^{madelaine} ~~ella~~ tocaba música de Beethoven y Mozart y era aplaudida ruidosamente.

El regreso a casa ese día era triunfal, pero lleno de sermones para mí, que no sabía sobresalir.

Con tantas emociones me acostaba inquieta, me era difícil dormirme.

Un final de fiesta, como tantos otros, llegamos a casa y como tenía deseos de conversar le pregunté a mi hermana:

-¿Estás despierta?

A su respuesta afirmativa dije algo que siempre había querido comentar después de estas fiestas:

-¡Qué linda es mi mamá!...¿Te fijastes que era la más bonita de todas?...Y agregué tristemente- Pero que pena siento de que no tengamos un papá como todas nuestras compañeras.

-Si tenemos -fué la seca respuesta de Madelaine.

-Pero está muerto -contesté yo.

-No...no está muerto -me respondió cortante.

Nunca habíamos hablado de esto, porque los años de separación, la edad de ella -era mayor que yo- y su carácter retraído, me hacían respetarla. Pero seguí preguntando con insistencia; ~~Y~~ ella continuó:

-Peleaban mucho....Una noche mi papá le pegó...Se fué y no lo vi nunca más...Mi mamá dijo que estaba borracho...

-Pero entonces no nos quería -insistí- ~~Y~~ Ella secamente me contestó:

-A tí no te quería, pero a mí sí. Yo me dormía en sus brazos todas las noches. Tú eras muy pequeña, no andabas entonces.

Y no habló más, a pesar de mi ansiedad por saber.

Se descifró para mí el enigma de sus ojos tristes, pero dejó dolorido mi corazón.

Yo había idealizado el nombre Padre como un ser bondadoso y perfecto, basándome en don Armando Zibelli. Pero ahora sufría dolorosamente al saber que teníamos papá y nos había abandonado.

¡No!...no podía existir un papá malo. Mi hermana mentía. El había muerto. Y me aferraba a la seguridad de la mentira, que me resultaba menos cruel.

Y recuerdo que una noche en que yo besaba cariñosamente a

mi madre mientras mi hermana tocaba el piano, desbordando toda mi ternura le dije:

-¡Qué felices seríamos si tuviéramos un papá! -y le describí el paraíso que yo tejía en mi imaginación, como algo alucinante de felicidad.

Los ojos grises de mi madre me miraron enojados y con potente voz de mando me ordenó:

-¡A la cama!...Y déjate de pensar idioteces.

¡No!...sería mejor no preguntarle nada y seguiría pensando solo en mi papá ilusión.

E L C I R C O .

Mis recuerdos son tristes. Se me atropellan en la mente tan rápidamente, que mi pluma no es capaz de ir aparejada con los pensamientos...¡tan veloces son estos!

Los momentos de mi infancia pasados con los Zibelli, son como un bálsamo para mi atormentado corazón.

Recuerdo un Domingo, en que habían preparado una gran función de circo.

Sillas, argollas, trapecios, todo había sido trasladado a la bodega, donde se guardaban los grandes cajones vacíos en que llegaba la mercadería para la tienda.

La estructura de la bodega dejaba los tijerales del techo de calaminas al descubierto. Las anchas vigas de madera que atravesaban el techo, servían para que las argollas y trapecios fuesen colocados al centro del galpón.

La ancha puerta de la bodega daba al patio, haciendo ángu-

lo recto quedaba la puerta de atrás del salón. Ambas puertas estaban de par en par abiertas, para que se pudiera oír el piano tocado por Aída, la hermana mayor de los Zibelli.

Al comenzar el espectáculo, el piano dejaba oír fuertemente un vals circense y se iniciaron los acostumbrados números de trapecio y argollas.

Tito y la Nana eran los artistas. Se sujetaban de los pies, con la cabeza colgando. Se pasaban de las argollas al trapecio y vice-versa.

Grandes aplausos premiaban a los artistas.

Iba a empezar el número sensacional. Carlitos, en la puerta, daría un chiflido a Aída para que tocara en el piano la imitación del redoble de tambores en el momento emocionante.

Salió Tito a la pista, se tomó de la argolla y se lanzó con fuerte viada a la viga central, cerca del techo. Montándose a caballo en la ancha viga, procedió a acortar el cordel de la argolla que tenía en la mano; la otra argolla fue izada al techo por su ayudanta, la Nana.

Tito iba a lanzarse de una argolla a otra por el aire, a cuatro metros de altura, que era el alto de la bodega.

Al ver esto la señora Clotilde, madre de Tito, hermosa señora, toda suavidad y dulzura, amenazaba desmayarse diciendo:

-¡No, Tito!...¡No hagas eso...te vas a matar!

Don Armando había tomado un palo de los cajones y blandiéndolo hacia arriba, gritaba con voz de trueno:

-¡Bájate, Tito!...¡No hagas más disparates...Si no me obedeces te moleré a palos!

Los niños, todos en conjunto, gritaban y decían:

-¡Si no le pasa nada, papá!...¡Lo ha hecho muchas veces cuan

do ensayaba y le sale lo más bien.

Esto ponía más eufórico a don Armando y más desmayada a la señora Clotilde.

Por fin el "Gran Tito" decidió bajar. Ya en tierra firme se dispuso a salir fuera de la bodega, silbando socarronamente, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Al pasar, dejó caer una interjección que no alcancé a oír, pero su padre estaba lo suficientemente cerca para captar lo que había dicho. Fue así como le mandó un manotazo por la espalda, haciéndole caer de bruce. Momento que aprovechó don Armando para propinarle tres palos en el trasero por atrevido.

Todos se desbandaron. La señora Clotilde subió a su dormitorio, seguida por mi madre, llorando al pensar en el peligro de muerte en que había estado su adorado hijo.

Los chiquillos se agruparon alrededor de Tito, comentando lo que había sucedido.

Yo, como de costumbre, me quedé revoloteando cerca de don Armando, que estaba sentado en un sillón del salón, deshecho y cansado, respirando fuertemente. El incidente lo había afectado.

Cuando me vió me llamó a su lado, y con voz quebrada me dijo:

-Que te den pronto de comer. Te llevaré al colegio. Necesito tomar aire.

No tenía apetito, apenas probé la sopa.

Cuando caminábamos ^{lentamente} hacia el colegio, ~~lentamente~~, me dijo de pronto:

-¿No me das la mano, como siempre?

Apresuradamente coloqué mi manita en la suya tan querida.

Seguimos caminando pesadamente.

-¿Me crees malo porque le pegué a Tito? -me preguntó.

Moví la cabeza negativamente y él prosiguió:

-Cuando los hijos son atrevidos hay que castigarlos, pero los padres sufren mucho al verse obligado a ello.

No necesitaba decírmelo. Yo veía su sufrimiento. ^{habría} ~~Habría~~ sido capaz de pedir perdón a su hijo por haberlo castigado.

Llegamos al colegio, ~~me~~ me alzó en sus brazos para darme el acostumbrado beso. Yo me aferré a él fuertemente; lo besé, lo volví a besar; restregué mi carita en su dura barba; ~~me~~ cuando ya estaba en la cama y sentía el ardor en mis mejillas, me parecía que aún estaba cerca de él.

A pesar de los años idos, los recuerdos se me vienen a la mente nítidos, como si los estuviera viviendo recién.

El señor Zibelli era un padre magnífico, bondadoso y bueno. Mi mente de niña imaginaba que todos los padres del mundo eran así. Y envidiaba santamente, a todos los niños que tenían un papá.

Por mi rostro resbalaban abundantes lágrimas; parecían quemarme las mejillas. Y las sábanas, bajo mi mentón, quedaban mojadas por mi copioso llanto.

~~Cuando~~ ^{como} dormía con mi hermana ~~se daba~~ ^{al darse} cuenta de lo que me pasaba, en un dejo de aburrimento me ~~decía:~~ ^{dijo}

~~moquear~~ ^{moquear} -Déjate de ~~lloriquear~~... ¡Llorona!

S E P A R A C I O N .

La situación de mi madre era cada vez más próspera, # en vista de que todos elogiaban a mi hermana y le auguraban triunfos si estudiaba piano, resolvió enviarla a la capital a estudiar con buenos maestros.

¡Que tristeza tan grande experimenté al quedar sin ella!

Fui a la playa, a mirar alejarse el barco que se llevaba a mi hermana. Poco después, sólo era un puntito en el horizonte.

Tenía los ojos nublados por las lágrimas. A mi pena, se sumaba otra.

Nuestra buena empleada Mercedes, a quien yo cariñosamente le decía Mechita, me llevó al carrousel, que tanto me gustaba, para mitigar mi ~~penas~~ *tristeza*

E L C A R R O U S E L .

Era lindo el carrousel. Montada en uno de sus caballitos me sentía una amazona.

La Mechita se apoltronó *ba* en uno de los coches del carrousel y yo daba vueltas en los caballitos. Cada vez que paraba el carrousel yo cambiaba de cabalgadura.

Montaba el blanco, después el bayo, seguidamente el overo, y así los corría todos.

En el centro del carrousel, una tela fija que no giraba representaba una pradera con jinetes, corriendo y saltando vallas y al dar vuelta el carrousel, daba la impresión de alcanzarlos y pasarlos. Y se formaban bullangueros entusiasmos entre los niños.

-¡Pasé el negro, Mechita! -gritaba yo triunfante. ¡Pasé el bayo!...;Y ahora el blanco y el overo! -alborotaba feliz.

Los caballitos imitaban el trote, balanceándose para atrás y para adelante, ~~o~~ subiendo y bajando al compás de la música. Era esta una gran caja con discos metálicos; tenía más o menos, un metro de diámetro. Terminaba un disco y bajaba, ~~o~~ por detrás subía el que debía tocar.

Todo era lindo y alegre, pero ese día la música me zumbaba en los oídos. Había perdido mis arrestos de amazona, ~~o~~ sólo era un pedacito de carne doliente y angustiada sobre el caballito.

-Quiero irme, Mechita -le dije.

-¡Pero, Sussita, dése otras vueltas para que se le quite la pena!

-¡No...No quiero...Vámonos!

Deseaba estar ovillada en mi cama. Sentía la imperiosa necesidad de llorar.

Esa noche divagué más que nunca. Mi hermana vería, ~~en la capital,~~ ^{Putra del Mar.} a mi papá ilusión. Estaría en familia con los Zibelli; conocería los árboles floridos y los campos hermosos, de los que yo sólo sabía por las clases de Inglés.

No sentía tocar el piano a Madelaine como todas las noches, y la Bercense de Jocelyn no me arrullaba para dormirme, como de costumbre.

La melodía moría en mis labios sin acompañamiento de música.

PROSPERIDAD.

Mi madre se entregaba cada día más a su negocio. Era para ella como una obsesión el ganar dinero. Las reuniones en la noche

y a las horas de comida, se terminaron, ~~no~~ sólo un beso al levantarme y otro al acostarme, era todo el contacto que tenía con ella durante la semana.

El Domingo era de descanso para mi madre hasta las cinco de la tarde, hora en que salíamos las dos, muy engalanadas, en un coche victoria descubierto. Mi madre, como siempre, iba elegantemente vestida, y una hermosa sombrilla llena de vuelitos, complementaba su porte distinguido. Así nos dirigíamos al único y frecuentado sitio de reunión existente que había en nuestra localidad.

Era un pintoresco restaurante a la orilla del mar. Con kioscos suspendidos sobre el mar y cubiertos de enredaderas de hiedras rosadas.

Al entrar se veía un gran patio con plantas y jaulas de graciosos monitos, a los que yo daba galletas. Había además un loro hablador, pero muy caballero. Una lechuza con ojos que me daban miedo, y una ardilla loca que giraba constantemente en una rueda de madera.

También había un ganso embalsamado, al que se le echaba una monedita y salía un huevo de lata pintada con monitos, lleno de dulces.

A mi madre le gustaba ir ~~a~~ ^{se} sentar al final de un puente largo sobre el mar, que descansaba sobre las rocas. Allí había un gran salón que sólo se abría en las grandes ocasiones.

Recuerdo que siendo muy niña, un 14 de Julio asistí con mi madre y mi hermana, a una gran fiesta de la colonia francesa.

Creo que mi madre era la invitada de honor, porque a los postres, ella debió partir una gran ^{pastel} torta que trajeron en una ^{honda} ~~linda~~ bandeja de plata. Al hacerlo, salieron volando del pastel dos hermosas palomitas blancas. Mi madre dió un grito. Yo me asusté tanto que ¡claro! prorrumpí en llanto. Tuvieron que sacarme de allí.

Después cuando grandecita, yendo nuevamente a ese mismo sitio, comprendía lo linda y emotiva que debió haber sido esa fiesta para mi madre, y por eso le agradaba sentarse en el puente que rodeaba ese salón.

S O L E D A D.

A pesar que materialmente lo tenía todo, me sentía falta de cariño. Cada día lo deseaba y lo necesitaba más.

Para entretenerme, le cantaba largamente a Rosita, mi muñeca, canciones inventadas por mí. La Bercense de Jocelyn debía soportar mis lirismos.

Mi hermana la había tocado todas las noches, y yo de tanto oirla, la cantaba amorosamente a mi muñeca.

Ya no me gustaba entonar:

Señora Santa Ana, carita de luna,
mécame este niño que tengo en la cuna.

Ni tampoco:

Tengo una muñeca vestida de tul,
capa colorada y gorrito azul.

La Bercense de Jocelyn me regalaba su melodía para que yo pudiese el tema y la letra a mi antojo.

Algunas veces, llena de optimismo, cantaba:

Duerme, duerme, corazón, tu papacito vendrá
y amorosamente te arrullará.....

Pero otras veces, dolorida, le decía:

Duerme niña de mi corazón,
sólo deberás querer a tu papá ilusión....

Después de mucho cantarle, le miraba su carita hermosa. Estaba allí,

como siempre, sin vida. La apretaba, la besaba ;y nada!..seguía inerte.

¡No lloraba!;no reía! Me sentía defraudada y aburrida, por eso optaba por dejarla a un lado.

MI PEPITO.

Para distraerme, la Mechita me llevaba a todas las compras; fue así como me encariñé con una gatita del almacén.

Un día, no la encontré en el sitio acostumbrado. Pregunté por ella al dueño del negocio.

-Está muy ocupada, tiene hijitos que cuidar -me dijo.

Quise verla, y pasando por entre cajones la encontré en uno de ellos. Tenía cinco gatitos.

Me volví loca acariciándolos, ~~le~~ le pedí al dueño que me regalara uno.

-En veinte días más, cuando abran los ojitos y coman solos, te llevarás el que quieras -me contestó.

Al día siguiente, marqué con un cintillo rojo el cuello del gatito que había elegido.

~~Y~~ fueron veinte larguísimos días los que tuve que esperar. Era tan grande mi impaciencia, que iba y venía del almacén, para ver a mi "regalón".

Por fin un día, salí triunfante con mi gatito. Lo llevaba bien apretadito junto a mi pecho. Interiormente me prometía darle mucho cariño y dedicación. ¡Cuántos momentos agradables y felices me esperaban a su lado! La vida ya no me parecía tan monótona y desabrida.

da. Mi gatito daba muchas demostraciones de quererme ya, a pesar de que nos conocíamos tan poco.

Después de clases, ansiaba llegar pronto a mi casa, porque mi gatito, a quién puse por nombre Pepito, me esperaba en la puerta de la tienda, arrogante, con su colita parada y su eterna cinta roja al cuello, como correspondía a un gato de tienda elegante.

Lo tomaba en brazos y pasaba por el escritorio donde mi madre dejaba las cartas de mi hermana, cuando las había. Yo, plena de gozo, las saboreaba al leer lo que ella relataba de su vida en ese elegante colegio. Pero lo que más absorbía mi atención era el párrafo en donde Madelaine contaba los pormenores de su visita a casa de los Zibelli, efectuada los Domingos. Era lo más importante para mí.

Además, ella le enviaba la tarjetita de las notas, las cuales servían de sedante a mi madre, que la hacían soportar, sin grandes enojos, las mías, que si no eran de fracaso, no pasaban de lo justito para no repetir el curso.

De los dos años que llevaba mi hermana en la capital, sólo una vez había venido a pasar las vacaciones con nosotros. Fue un mes, durante el cual yo sólo sabía mirar y admirar lo que ella hacía y contaba.

Tan digna, tan sin emociones. Quise muchas veces imitarla, pero nunca me resultaba. Yo tenía las válvulas de contención siempre sueltas; me fallaban a cada momento.

X Así proseguía mi vida. Pero la soledad ya no me asustaba como antes, pues sostenía grandes conversaciones con Pepito.

Mis comidas eran siempre junto a él, que, muy sentadito en su silla, parecía entender lo que yo le decía. Al menos yo lo creía así.

Pepito era como un niño y me daba preocupaciones. Hacía mal

dades. Jugaba tanto con mi muñeca, que le había arrancado su linda peluca de rizos rubios. Mi cajita de costura no tenía secretos para él. Los hilos, dedal, # todo lo que había dentro lo curioseaba y lo sacaba, dejando sólo el enredo. Pero la bolsa con mis labores de tejido, era su máspreciado juguete. Las pelotas de lana rodaban por el suelo y se enredaban en las patas del catre; y muchas veces, llore amargamente al ver mi tejido deshecho.

Aprendí a ser ordenada para evitar las malas notas en el colegio.

Debía estudiar piano una hora todas las tardes, pero Pepito, siempre alerta, # tan pronto como el teclado quedaba al descubierto, saltaba sobre él y se paseaba; despacito, primero, gozando al ver que sus patitas producían esos sonidos. Pero poco a poco, cuando iba adquiriendo confianza, se paseaba apresuradamente. Después saltaba so bre las teclas como un loco y perdía todo control. Era como un gatito con cuerda, que brincaba sobre el teclado. Ya tocaba las notas al tas como las bajas. Y así seguía, hasta que se cansaba.

Mis risas y carcajadas se mezclaban a esa baraúnda furiosa que formaba Pepito. El enarcaba el espinazo, como un camellito lleno de gracia, y mirándome con sus pícaros ojos, parecía decirme:

-¿Te gusta?...pués lo haré más fuerte...y más fuerte.

Con mis carcajadas se producía una loca sinfonía, que parecía ejecutada por un pianista demente.

Ya en el paroxismo de la risa, lo tomaba en mis brazos y, apre tándolo, le daba cariñosas palmaditas en las nalgas, besándole fuertemente su rosada naricilla.

Sus diablillos ojitos, como de vidrio verde, cambiaban de ex presión, # se tornaban tiernos, como los de un tontito, y devolvía mis besos con suaves mordiscos en mis mejillas, terminando en mi na

riz.

-Yo te quiero mucho, Pepito, y se que tú también me quieres a mí.

GRAN PENA.

Un día, al pasar por el escritorio de mi madre, buscando carta de Madelaine, sólo encontré un telegrama que decía:

"Armando falleció anoche. Saludos.

Familia Zibelli.

Quedé como paralizada. La cabeza me daba vueltas, el corazón me molestaba y creía que los oídos me iban a estallar.

Llegué aturdida a mi dormitorio. Me lancé sobre mi cama, y después de no se cuanto tiempo, acudió a mí el llanto, que no pude ya con tener.

¿Cuánto tiempo lloré? no lo sé, pero oscureció. La Meche avisó a mi madre, que me preguntó lo que pasaba.

No sé si no quise decirle mi pena o no pude, pero el hecho es que callé. Pero mi madre le dió rápida definición:

-Seguramente la castigaron en el colegio. Mañana lo sabré por las notas.

Yo nada respondí. Prefería que creyera eso.

Mi madre, en un gesto brusco y enojado, quiso arrancarme a mi gatito, a quién yo tenía en mis brazos.

-Este gato te tiene tonta, y te prohíbo lo hagas dormir en la cama.

Yo lo apreté fuertemente al oír su amenaza. Y mi madre, cada vez más enojada, trataba de arrancármelo, diciéndome:

-Si no obedeces, te lo echaré a la calle.

En mi desesperación yo gritaba:

-¡¡Mamacita, no me lo quites, es lo único que tengo. Si me lo echas a la calle me moriré de pena!! -Y lo aferraba aún más fuertemente.

Mi Pepito era un elástico con los tirones. Mi madre, ya colérica, al oír mi casi blasfemia, me propinó dos palmadas tan fuertes en la cara, que caí vencida. Mi gato salió disparado por el aire.

-Déle un plato de sopa; apáguele la luz y que se duerma -fueron las órdenes terminantes que le dió mi madre a la Mechita. Y salió de la pieza.

Poco rato después oí la voz cariñosa de Mechita que decía:

-¿Qué le pasa a mi niña? Tómese esta sopita y prometo traerle su gatito regalón. Pero tiene que esconderlo bien para que su mamá no lo vea.

Obedecí sumisa. Tomé mi sopa y cuando regresó con mi Pepito, lo envolví en su acostumbrado chalquito. Metí a mi gatito bien adentro de la cama, para que mi madre no lo viera, y le dije:

-Quédate ahí, quietecito, puede venir mi mamá y encontrarte aquí. Seguro que te echaría a la calle.

Y recordando mis años de internado proseguí:

-Y sufrirás lejos de mí...; Sí...sufrirás mucho!

Quedé a oscuras; me senté en la cama, con las rodillas levantadas, como encuelillada, y abrazando mis piernas, formé un regazo para apoyar mi afiebrada cabeza, torturada por una idea fija.

-Mi papacito ilusión se murió, no lo veré nunca más. Ahora ya comprendo muy bien lo que es la muerte.

Los pensamientos acudían a mi mente atropelladamente, como un torbellino veloz, sin conexión alguna, martillándome las sienes.

-¡Serás feliz!...;Tendrás una casita! ¡Viviremos las tres jun-

titas!...¿Cuál es mi cama, mamá?...¡Oh, qué cosas tan ricas!...Y me parecía oír la voz de mi madre que me decía:

-Son en tu honor; es por tu llegada a esta casa.

-¿Todo esto es mío, mamá? ¿Esta casa es mía?....Madita, toca una polka. ¡Quiero bailar!...¡Quiero bailar!

El delirio se apoderaba de mí cada vez más fuerte.

-¡Quiero bailar, Madita!...¡Quiero oír tu música. Estoy sola...Estoy sola!!...;Madita...estoy sola en esta casa tan grande! Y los sollozos me ahogaban. La desesperación me consumía. Me eché boca abajo, hundiendo mi cara en la almohada, para apagar mis gritos. Mis manos, empuñadas, golpeaban la almohada, como castigando a algo imaginario.

-¡Tú ya no me quieres, mamá! Tú crees que yo no veo ni entiendo nada. ¡Te equivocas, mamá; yo sé por qué tú no me quieres y no me querrás ya nunca más!

Poco a poco fui sintiendo mi cuerpo laxo. Iba cediendo la crisis nerviosa. Ese llanto tan copioso me había hecho bien; tanto bien, como cuando la tierra seca y sedienta recibe la bienhechora lluvia.

Sentía mi corazón más descansado, y cuando ya más tranquila pude coordinar mis pensamientos, balbucí, en mis inocentes e ignorantes doce años, casi como en un juramento:

"Cuando yo sea grande, también tendré hijos y no los dejaré nunca sin papá...aunque sea borracho"..

Mary - Maury .